

Restauración en tiempos de crisis: Una oportunidad para la conservación preventiva

Ignacio Mustienes Sánchez

“ La disminución del valor relativo del patrimonio en tiempos de crisis, favorece la indefensión de éste. ”

Es evidente que la práctica de la restauración en un centro docente, buscando inculcar en el alumnado una deontología profesional que garantice la utilización de criterios metodológicos exquisitamente respetuosos con el Patrimonio y los Bienes Culturales, no es, lamentablemente, siempre extrapolable al ejercicio profesional, mediatizado en numerosas ocasiones por factores ajenos al profesional. Además, la disminución del valor relativo del patrimonio en tiempos de crisis, favorece la indefensión de éste. Cuando los recursos de la sociedad disminuyen se prescinde de lo prescindible, cuando el problema de muchas personas es la estricta subsistencia es difícil pensar en bienes culturales; es más si los bienes culturales fueran comestibles es seguro que ya no existiría ninguno; como alguien perversamente dijo: “La cultura es la cosa menos importante de las cosas importantes”.

Lejos han quedado los grandes y mediáticos proyectos de restaura-

ción, lamentable o afortunadamente, no demasiado pródigos en nuestra tierra. Como sugiere el profesor Paolo Cremonesi, la civilización de la imagen, la política de turismo del arte y la presión que ella ejerce sobre los bienes, sobre todo sobre los más significativos, hacen que en ese binomio conservación-restauración pese todavía mucho más el segundo que el primer concepto. Ahora no, el ajuste de presupuestos ha devenido en una exigua provisión de proyectos de intervención. Ante esta situación crítica, con el cierre de numerosas empresas dedicadas a la restauración por la falta de recursos y proyectos, lo más digno que por ahora se puede hacer por nuestro patrimonio es optimizar recursos y evitar que lo que queda sufra cualquier riesgo desarrollando planes de conservación preventiva. La ventaja de esta estrategia es que se puede adaptar a los recursos concretos disponibles, y el éxito de la mayoría de ellos estaría basado más en la voluntad y el compromiso de las personas con relación directa con el bien cultural que en los presupuestos.

Prueba de esta tendencia es el diseño del *Plan Nacional de Conservación Preventiva* redactado por el Instituto del Patrimonio Cultural de España, aprobado en marzo de 2011 con una asignación prevista de

entorno a unos 7 millones de euros hasta 2015. Bien es cierto que el 50% de esta cantidad debía ser provisionada por las administraciones autonómicas y locales y entidades privadas, cosa que de momento está por ver. Este plan nacional se ha sustanciado en el primer proyecto piloto, implantado en el Teatro Romano de Mérida, y que incluye un aspecto básico como es el protocolo de mantenimiento. El objetivo de estos protocolos, y en definitiva de los planes, es controlar los riesgos de deterioro, actuando sobre los factores del medio y los modelos de uso y gestión para evitar que los daños se produzcan o se aceleren, en lugar de intervenir sobre alteraciones ya producidas.

Clave en el éxito de este tipo de intervenciones preventivas, es la conciencia ciudadana de defensa del patrimonio y no sólo la Administración, como dice el Artículo 6 de la ley 3/1999 de 10 de marzo de Patrimonio Cultural Aragonés: “Todas las personas tienen el deber de conservar el Patrimonio Cultural Aragonés, utilizándolo racionalmente y adoptando las medidas preventivas, de defensa y recuperación que sean necesarias para garantizar su disfrute por las generaciones futuras”.

Para ilustrar este modelo de intervención, compleja pero efectiva,



propongo el caso de los aguazos del s XVI de la iglesia a de San Nicolás de Bari de la localidad oscense de Casbas. La técnica del aguazo, pintura con temple de cola sobre tela de lino sin preparación, fue muy frecuente en Aragón, pero de la que lamentablemente se conservan muy pocos ejemplos, sobre todo de la excepcional calidad y dimensiones de los que nos ocupan. Las telas presentaban problemas de conservación y pérdida de dimensiones debido a los distintos sistemas expositivos a los que fueron sometidas a lo largo de los años y por las vicisitudes por las que pasaron durante la Guerra Civil, de las que milagrosamente fueron salvadas de la quema por los vecinos. Sin embargo, se apostó por que la tela siguiera subsistiendo por sus propios medios, ya que si habían sido capaces de resistir 500 años el trato y maltrato de cientos de generaciones en unas malas condiciones, merecían la oportunidad de seguir existiendo en toda su esencia y en su medio natural. Eso sí, adecuado mediante un plan de revisión.

El proyecto fue dirigido por los profesores Rita Piquero y Guillermo Torres, y dada su envergadura se prolongó durante tres cursos académicos con un grupo incondicional de entusiastas alumnos dispuestos a pasar frío, dado que la intervención

se realizó en la iglesia que forma parte de la *Escuela*.

“ Lo más digno que por ahora se puede hacer por nuestro patrimonio es optimizar recursos y evitar que lo que queda sufra cualquier riesgo. ”

El proyecto se planteó desde el principio como un plan integrado de intervención y de mantenimiento asociados en el que la mínima intervención no se entiende sin un proceso posterior riguroso de seguimiento y control. El tema de la mínima intervención viene ya de largo sobrevolando sobre la conciencia de los restauradores-conservadores, no por la esencia del precepto en sí, sino por el cómo se materializa el concepto y sobre todo, dónde está su límite. Lo habitual en un caso como este, hubiese sido colocar unas bandas de tensión perimetrales y estirar la tela sobre un bastidor, cosa que posiblemente generaría problemas todavía más graves en la tela y, en definitiva, llevaría a otra futura intervención. En el peor de los casos y utilizando criterios de restauración más intervencionistas, se hubiera procedido a reente-

lar o forrar las sargas, desvirtuando definitivamente la identidad material o esencia de la obra.

Esta apuesta por la mínima intervención y la conservación preventiva exigía un plan de conservación sostenible. Para ello se gestó un compromiso en el que intervienen: el Ayuntamiento de Casbas, representando a los vecinos, el Departamento de Ciencias de la Tierra de la Universidad de Zaragoza, el Servicio de Bienes Muebles de la Dirección General de Patrimonio y la Escuela Superior de Conservación y Restauración de Bienes Culturales de Aragón.

El propósito es elaborar una serie de indicadores que nos aclararen de qué forma interactúan obra y edificio, contenido y continente. En este caso saber cómo evolucionan las corrientes de aire en el interior en combinación con la humedad y temperatura, y detectar picos que pudiesen poner en riesgo la obra. Y si la mayoría de los bienes culturales muebles alojados en inmuebles no especialmente preparados para albergarlos, pudiesen ser efectivamente preservados garantizando unas mínimas condiciones medioambientales, con proyectos dirigidos por restauradores-conservadores salidos de escuelas como la nuestra, cuántos recursos se podrían ahorrar evitando tener que intervenir *in extremis*.